

480

de desprendimiento de su pueblo. Otros, católicos, casi con un  
punto movido sobre el, con dos espaldas para los ojos  
disparaban metallas con una precisión increíble.

Como los cañones de seis estaban tan cerca de los de  
ocho, no se podía permanecer entre ellos con seguridad, y así  
cada vez que eran disparados los de grueso calibre se ordenaba  
a los artilleros de los primeros retirarse; mas estos se negaban  
a obedecer aquella orden, y se quedaron en su sitio cuando quise-  
ron de disparar. Cuando los cañones de ocho pulgadas  
están disparados, la comunicación con tan terrible que repelía a la  
parada de artilleros de los cañones de menor calibre a una dis-  
tancia de diez pies, cual si fuesen de papel. Ni la impetaba  
Hatos, sortidos como un viento, dando a las tendidas vibracio-  
nes, retrocedían furiosos a sus cañones, y a su vez hacían sus-  
tir a sus cañones, hasta que por último, por la fuerza, eran arrestra-  
dos de sus puestos.

Tal encarnizamiento y tal bravura eran fuertemente ob-  
servados en todos los cuarteles situados en la retaguardia.

Después la retaguardia del Asistente Cervera en el Iowa,  
de todos se hizo saber. No día que después que recibió la or-  
den de retirada del General Toral, dando exacta la noche del  
día 2 de Julio para que el día 3, las tropas se impidieron de re-  
tirarse. El punto de la mañana en la mañana que a esa hora  
los señores de la retaguardia están entregados al servicio divino,  
pues es domingo.

Para tener un mejor conocimiento de la instrucción agregada que el  
Asistente Cervera recibió de los señores Toral y el Iowa,  
puede verse. Con respecto a los otros señores americanos, no  
podría yo dar un aviso, pues eso toca a sus capitanes res-  
pectivamente.

Hasta aquí la narración del capitán Evans.

Los señores españoles que se retiraron al Asistente Cervera que  
estaban en el cuartel de San Juan de las Cañas se suicidaron antes  
de declarar batidos.

Los señores en los puntos de Cervera fueron 1.ºoo.

El Comandante Toral, segundo de Cervera, y jefe de la  
fuerza española, se retiró a bordo del Pluton. Villamil era re-  
conocido en el punto como el jefe más eminente en materia de  
operaciones militares a la guerra naval. Del personal de los se-  
ñores no se salvó uno solo, pues fueron los primeros que  
fueron a morir.

[Aumentar el capítulo XIII, en seguida de la narración del  
combate por el capitán Evans del Iowa.]



extranjera y a las mujeres y niños que deben abandonar la  
ciudad antes de la una del día de mañana.—Los señores Toral  
y Cervera se retiraron a la retaguardia. Mayor General del  
Ejército de los Estados Unidos.

## CAPITULO XIV

La siguiente es la contestación que por conducto del Co-  
nel Dorst recibió a las seis y treinta y tres minutos de la tarde  
del 2.º de Julio a las seis y treinta y tres minutos de la tarde  
de los Estados Unidos. El honor de la contestación de las tropas  
respondió a la comunicación de las tropas de la retaguardia. La  
m. y recibida a la una de la mañana. La comunicación de la  
rendición de la ciudad. En caso contrario, la bandera que  
dominará la ciudad y que debe avanzar a los extranjeros.

Demandas de rendición de Santiago.—Consecuencia de la pérdida de la esca-  
dra española.—Dificultades en la comunicación con España.—Rendición de  
Santiago.—Bases de la capitulación.—Cesan las hostilidades.—Conclusión.

### I.

**L**os pliegos, que hemos visto en el capítulo anterior,  
que envió al General Toral el jefe americano Shafter,  
contenían la demanda de la rendición y también el  
aviso de que, si no se accedía a su solicitud, bom-  
bardearía la ciudad. Como el General Toral por sí solo no pu-  
diese resolver nada respecto a la rendición sin comunicarlo an-  
tes a Madrid para obtener instrucciones, la respuesta que en-  
vió al General americano no fue la que éste deseaba, esto es,  
no decidía la capitulación, pero indicaban se debían suspender  
las hostilidades para dar tiempo a que las mujeres, niños, an-  
cianos y no combatientes se pudiesen salvar del bombardeo,  
caso de que para el plazo fijado por Shafter no hubiese deci-  
dido nada el jefe español.

Al día siguiente se intimó de nuevo al General Toral, jefe  
de la guarnición de Santiago, la rendición de la Plaza, y como  
respondiese con una negativa firme y enérgica, más de quince  
mil personas embargadas por el pánico intentaron salir de la  
Ciudad huyendo de los horrores del bombardeo y del hambre.  
Ancianos decadentes, mujeres llevando en brazos a sus crías,  
niños de poca edad, se dirigieron a Caney a San Luis y otros  
puntos en busca de pan y de seguridad.

He aquí las comunicaciones cambiadas con tal motivo entre  
los jefes de ambos ejércitos:

“Cuartel General de las tropas americanas, cerca del río de  
San Juan, Isla de Cuba. Julio 3 de 1898. E. a. m.—Al coman-  
dante en Jefe de las tropas españolas.—Santiago de Cuba. Se-

ñor: Me veré obligado, si usted no rinde la plaza, á bombardearla. Ruego á usted informe á los ciudadanos de naciones extranjeras y á las mujeres y niños que deben abandonar la ciudad antes de la una del día de mañana.—De usted respetuoso y obediente servidor.—*R. W. Shafter*, Mayor General del Ejército de los Estados Unidos.»

La siguiente es la contestación que por conducto del Coronel Dorst recibió á las seis y treinta p m: «Santiago de Cuba, 2 p. m. Julio 3.—A su excelencia el Gral. en jefe de las tropas de los Estados Unidos. Río de San Juan.—Tengo el honor de responder á la comunicación de Ud. fechada hoy á las 8. 30 p. m. y recibida á la una de la tarde, en la cual demanda Ud. la rendición de la ciudad; y, en caso contrario, le anuncia que bombardeará la ciudad y que debo avisar á los extranjeros, mujeres y niños, que abandonen la ciudad antes de la una de la tarde de mañana.

Es de mi deber decir á Ud. que esta ciudad no se rendirá, y que informaré á los Cónsules extranjeros y habitantes, del contenido de su mensaje.—De Ud. respetuosamente. Toral, Comandante en jefe del cuarto cuerpo de ejército.»

El día 4 se reanudó, pues, el combate, en vista de la negativa de Toral.

El resultado inmediato de la irreparable pérdida de la escuadra española fué que los americanos pudiesen emprender sus operaciones de sitio sobre Santiago con toda calma y seguridad, porque lejos de que hubiera buques que los molestasen con sus disparos desde la bahía, contaban con la cooperación de su escuadra que podía causar, y en efecto causó, grandísimo daño entre los combatientes españoles. El Gobierno de Washington desplegó la mayor actividad en enviar á Shafter todos los recursos posibles y desde el 6 del mismo mes de Julio comenzaron á zarpar transportes de Tampa conduciendo soldados, artillería, y provisiones de boca y guerra en gran cantidad.

Por lo que hace á la rendición, el jefe de las fuerzas de Santiago no sabía qué partido tomar. El no podía admitir la capitulación sin recibir antes de Madrid la orden correspondiente, y como el cable que comunicaba á Santiago con la capital de España estaba en poder del enemigo, no podía valerse de él para resolver tan difícil situación.

Mientras tanto el General Shafter puso una nueva comunicación á Toral manifestándole que con objeto de facilitar la salida de los no combatientes, extranjeros, mujeres, niños, etc. concedería un nuevo armisticio hasta el día 10, en cuya fecha iba á continuar el bombardeo si no hubiere recibido aviso de que la capitulación era aceptada.

El general español reunió á los principales jefes y oficiales de su ejército para consultarles sobre la determinación que se-

ría prudente tomar en la imposibilidad de comunicarse con el Gobierno de España. Todos opinaron unánimemente que se resistiera al enemigo hasta el último extremo.

Mas como el plazo señalado no tardaba en cumplirse y las probabilidades de la victoria aumentaban cada día en favor de los invasores decidióse el General Toral a solicitar el permiso de los americanos para comunicarse con el General Blanco ó para usar el Cable y consultar á Madrid la situación, mientras se llegaba el término propuesto.

Esta tregua fué muy favorable á los soldados americanos, que se encontraban en extremo fatigados, con las ropas que no habían podido cambiar en varios días de lluvia, completamente mojadas, y resintiendo ya bastantes enfermedades. Los periódicos alemanes que son los que con más imparcialidad y competencia han tratado de todo lo relativo á la guerra hispano americana, aseguraron por esos días, que si la resistencia de Santiago se hubiera prolongado por algunas semanas, el ejército americano, estenuado por las fatigas y diezmado por las enfermedades habría tenido que reembarcarse. Cuánto hubiera mejorado la situación de los españoles con que las cosas tomasen este giro! Por desgracia, parecía decretado de ante mano que todo les habría de ser fatal.

El día 8 los americanos proporcionaron empleados del cable para que pusieran en comunicación á los españoles con su gobierno, á efecto de obtener instrucciones precisas sobre la conducta que se debía seguir. Los telegrafistas entraron en Santiago y estuvieron funcionando, pero nada se obtuvo. El gabinete español gestionó entretanto aisladamente con Washington, que el armisticio se prolongara por diez días para facilitar las negociaciones de paz.

El 9, en vista de no haberse dado respuesta definitiva por parte de los españoles, determinó el General Shafter que principiara el bombardeo de Santiago y así se verificó el 10, aunque no con gran actividad. En la tarde del siguiente día el crucero Brooklyn y los acorazados Texas é Indiana al mando del Comodoro Schley, empezaron á lanzar bombas sobre la ciudad.

Los buques citados se formaron en línea de combate de Este á Oeste y como á un cuarto de milla distante de la costa, disparando por elevación sobre las colinas que descienden hasta la playa, y ocultan á la vista la ciudad distante cinco millas. El bombardeo se efectuó durante una hora, siendo suspendido para continuarle en las primeras horas del día siguiente.

Después de haberse disparado 35 proyectiles de los cañones de 8 pulgadas, el Comodoro mandó suspender el fuego convencido que los cañones del «Brooklyn» no alcanzaban la ciudad, y de esta suerte dejó el campo libre á los acorazados para disparar sus cañones de 13 pulgadas. Los disparos se hacían á in-

tervalos, y con mucha deliberación. Las señales desde las colinas, indicaban que las metrallas caían casi mil pies fuera de tiro y á la izquierda de los españoles.

Al mismo tiempo las baterías de tierra disparaban terrible carga de metralla sobre las líneas españolas. Estas contestaron desde el primer ataque, rompiendo el fuego de artillería ligera sobre las trincheras enemigas. También hubo disparos de fusilería si bien más escasos. La inferioridad del armamento hacía que el daño causado por los sitiados no estuviera en relación con el que ellos recibían de los sitiadores.

El día 12 fué enarbolada en Santlago la bandera parlamentaria.

El corresponsal del *Times* de Londres, que fué el mismo que sirvió de intérprete en la conferencia que tuvo lugar el día 12, refiere así la entrevista de los jefes de ambos ejércitos:

«Avanzamos hasta la mitad del camino entre las trincheras españolas y americanas, y allí encontramos un oficial español y su escolta, y también el arzobispo de Santiago, acompañado de dos sacerdotes.

El documento que el oficial nos entregó estaba dirigido al comandante general de las tropas americanas, y solicitaba una entrevista con él para el siguiente día.

Terminado esto, se adelantó el arzobispo y manifestó que había acompañado al parlamentario con objeto de solicitar autorización para atravesar las líneas americanas, en unión de 30 curas y 28 monjas. Alegó que, tratándose de no combatientes, entendía que estaban en el mismo caso que los que habían salido de la ciudad.

Dijo también el arzobispo que en el bombardeo del día anterior habían sido demolidas varias casas, por lo que creía llegado el caso de trasladarse él y los suyos á lugar seguro. Tradujo esta petición al oficial americano, que me rogó informara al arzobispo de que su petición sería transmitida al General Shafter, y que, según toda probabilidad, se le concedería en el acto la autorización necesaria.

El arzobispo rogó entonces que la respuesta se enviara por duplicado, mandando un ejemplar al General gobernador de la plaza y otro á él.

La acción del arzobispo, ejerció, sin duda alguna, poderosa influencia en las autoridades españolas de Santiago.

Aquella tarde el General Linares, aunque desde el 10 de Julio en que fué herido, había entregado el mando activo de las fuerzas al General Toral, envió un largo cablegrama á Madrid. Yo pude ver una copia de este documento. El General Linares manifestaba que su situación en Santiago era imposible; que tenía muy pocas provisiones, y que no le quedaban municiones

más que para algunos días; que la población le había abandonado y que también el clero amenazaba con ausentarse.

Indicaba la diferencia entre el sitio de Santiago y los sitios de Gerona y Zaragoza, pues en estas dos ciudades, todo el mundo, sin exceptuar las mujeres y los niños, había cooperado á la defensa. Finalmente, ofrecía sacrificar su reputación y sacrificarse él mismo haciendo la entrega á los americanos.

A este despacho no recibió contestación de Madrid, pero al día siguiente, el General Blanco, á quien también se había dirigido el General Linares, le autorizó á hacer la capitulación.

El cerco de la Ciudad se había completado entretanto, habiendo avanzado las fuerzas americanas al mando del General Lawton hácia la parte Norte. El General Toral deliberaba sobre las proposiciones que se le habían hecho para obtener la rendición, y procuraba comunicarse con el Capitán General. Al terminar el día, en vista de que Shafter en cumplimiento de lo que se le ordenaba de Washington, exigía la rendición incondicional de la plaza y la guarnición, el jefe español decidió mantenerse firme hasta el último extremo y así lo comunicó. Los americanos se dispusieron para el asalto.

El 13 tuvieron una conferencia los generales Shafter Wheeler y Toral, manifestando este último que estaba autorizado por su gobierno para proponer su retirada y la entrega de la bahía y del puerto, la posesión oriental de Cuba y las municiones de guerra. Los generales americanos en virtud de sus instrucciones contestaron que no podían tratar sino sobre la rendición del ejército, el cual ofrecía el Gobierno de Washintong conducir por su cuenta á España. Toral pidió un plazo de veinticuatro horas para consultar á Madrid, sobre esta proposición de trasladar á la península á los defensores de Santiago.

A primera hora del día 14, telegrafió el General Shafter al Gobierno americano, que el comandante de las tropas españolas en Santiago aceptaba la rendición de la plaza nombrando comisionados para ultimar las bases respectivas. Este arreglo comprendía á más de la Ciudad, toda la parte oriental de la Isla de Cuba, desde Asserraderos, punto situado en la costa Sur, hasta Sagua en la costa Norte, vía Palma; extensión de territorio en la cual se encontraban operando el total del cuarto cuerpo del ejército español. El Almirante Sampson exigió de Shafter que no se terminara la capitulación sin estipular la completa remoción de las minas puestas á la entrada de la bahía, y la evacuación de los fuertes que habían disparado contra sus buques.

El mismo día en que el General Toral aceptó la rendición de sus fuerzas, bajo la condición de ser trasladadas á España, el General Shafter declaraba que una considerable parte de su ejército se hallaba infestada de fiebre amarilla y que era nece-

sario proceder sin pérdida de tiempo á embarcar las fuerzas hacia Estados Unidos comprendiendo que, de no hacerlo así, serían diezmadas irremisiblemente por la epidemia.

A la vez tomaba toda clase de medidas para impedir la propagación de la fiebre amarilla.

## II

Hemos visto que los soldados del ejército que defendió á Santiago, y los habitantes de la ciudad, no contaban ya con medios de subsistencia para oponerse á la rendición mucho tiempo: hemos visto el denuevo con que fué defendida la plaza á costa de tanta sangre española; hemos visto la grande superioridad del ejército de Shafter, no sólo numérica, sino también y principalmente en elementos de guerra de todas clases, y hemos visto, por último, que Toral recibe de Madrid la orden de rendirse. No obstante, cuando fué publicada por la prensa la noticia de la Capitulación de Santiago una tempestad de iras populares se desató contra el jefe español que rindiera el territorio.

Los preparativos que hacía la tercera escuadra americana, al mando del comodoro Watson para su viaje á través del Atlántico, no eran un misterio para nadie. Se sabía que las órdenes expedidas por el departamento de Guerra se referían al bombardeo de puertos españoles, si era posible vencer antes á la flota del Almirante Cámara, lo cual era de llamar la atención cuando se arreglaban ya por conductos extra-oficiales los tratados de paz.

No cesaban tampoco de alistarse las tropas de invasión para la campaña en Puerto Rico.

Los arreglos de la capitulación fueron, pues, terminados el día 14, entre los comisionados de Shafter y los de Toral.

El territorio rendido abarcaba 5.000 millas cuadradas, desde Aguadores, 15 millas al Oeste de Santiago, hasta Palma Soriano y Sagua, al Norte, excepción hecha de Holguín. Quedaban 15,000 soldados españoles prisioneros, debiendo entregar sus armas; este número aumentó después hasta 23.000.

El general Miles, que desde al principio fué encargado de la dirección de la campaña en Cuba y que entonces se hallaba en playa del Este, punto no lejano de Santiago, comunicó á Washington la siguiente nota referente á la rendición, el día 14 en la noche:

“Ministro de la Guerra Washington.—Frente á Santiago.—El General Toral, Comandante de las tropas españolas, ha rendido formalmente al ejército de su mando, á condición de que estas sean enviadas á España.

El General Shafter nombrará comisiones para llevar á cabo la entrega formal.

Una parte del ejército está infestada de fiebre amarilla, y se hacen esfuerzos para aislar á los atacados á bordo de los buques hospitales.

Se hacen arreglos para llevar á cabo inmediatamente cualquiera orden del Presidente ó de usted, [firmado] *Nelson A. Miles*, Comandante en Jefe del Ejército de los Estados Unidos.”

He aquí la comunicación de Toral al jefe americano.

«A su Excelencia el Comandante de las tropas americanas.

Excelentísimo señor. *Estoy autorizado por el Gobierno para capitular*. Tengo, pues, el honor de ponerlo en vuestro conocimiento y solicitar se sirva designar la hora y lugar donde mis comisionados conferenciarán con los de Vuestra Excelencia, a efecto de que formulen los puntos de la capitulación sobre las bases convenidas en esta fecha.

A su debido tiempo debo manifestar que deseo saber la resolución del Gobierno americano respecto al regreso del ejército con el objeto de anotarla en el acta de la capitulación. Al mismo tiempo apelo á la galantería y gracia de vuestra excelencia hacia los soldados españoles que se les permita regresar á la Península con sus armas.

Tengo el honor de ofrecerme á sus órdenes.—*José Toral*, General en Jefe del Cuarto Cuerpo de Ejército.—Al General Shafter, Comandante en Jefe de las fuerzas americanas.»

Por esta comunicación vemos que el gobierno de Madrid ordenó la capitulación, y por consiguiente que se comete una gran injusticia con hacer responsable solamente al General Toral.

Es llegada la ocasión de rectificar una inexactitud afirmada por el General Shafter en un despacho que publicó el Ministerio de Guerra el día 16. Dice así:

“Los Estados Unidos convienen en conducir á España y á la mayor brevedad posible, todas las tropas españolas en los distritos rendidos; las tropas se embarcarán en el puerto más cercano al punto que guarnezcan; los oficiales españoles guardarán sus armas al cinto; los oficiales y tropas conservarán sus efectos personales; al Comandante español se le autoriza para sacar los archivos militares de los distritos rendidos; las tropas voluntarias y guerrillas que deseen permanecer en la isla, podrán hacerlo entregando sus armas; las tropas españolas saldrán de la ciudad con honores de la guerra, entregando sus armas en un punto determinado, mientras llega la resolución del gobierno de Washington, habiéndose convenido que los comisionados americanos recomendarían al gobierno que se permita á los españoles llevar á España las armas que tan valientemente han defendido.